

Rehacer un libro de hojaldre, reeditar *Los Raros*

DARÍO, Rubén (2015). *Los Raros*. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Estudio preliminar de Jorge Eduardo Arellano. Berlín: tranvía, 454 pp.



Rodrigo Caresani

Universidad de Buenos Aires

Quizá no resulte una sorpresa para el especialista en la cultura del fin de siglo latinoamericano la constatación del deterioro generalizado de la obra dariana, en particular de su prosa publicada en prensa periódica. Visto desde este ángulo, el Centenario del fallecimiento de Rubén Darío invita a reflexionar sobre otro aniversario, ciertamente más lúgubre. Se trata de las seis décadas –cumplidas en mayo de 2015– del último proyecto exitoso de *Obras Completas* de Darío, publicadas en cinco tomos por la editorial Afrodisio Aguado en Madrid entre 1950 y 1955. Es sabido que esa edición –aún de referencia ineludible– no sólo somete los textos a un descuido sistemático (erratas, mutilaciones y alteraciones, defectuosa datación y localización, entre los rasgos más salientes de una larga lista) sino que además excluye una proporción cercana a la mitad de la producción dariana hoy conocida.¹ Por lo demás, fuera del caudal de escritos darianos que todavía permanece sepultado en la prensa periódica, en archivos y bibliotecas de América y Europa, a la espera de los ojos de un lector tras un siglo de olvido, las ediciones rigurosas de sus obras singulares resultan, al menos, escasas. Más allá de la clásica trilogía que integran *Azul...*, *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*, poemarios los tres establecidos y anotados adecuadamente en varias oportunidades, libros como *Peregrinaciones* (1901), *Opiniones* (1906), *Parisiense* (1907) o *Letras* (1911), entre otros, no cuentan con ediciones filológicas confiables. Paradójicamente, así, vastos sectores de la obra del primer poeta latinoamericano de proyección mundial se mantienen como patrimonio exclusivo de unos pocos, bibliófilos o eruditos.

Es bajo estas condiciones que la labor sostenida de rescate, edición y anotación de fuentes darianas emprendida por Günther Schmigalle en los últimos tres lustros sobresale por su extraordinaria calidad y constituye, sin lugar a dudas, uno de los aportes más relevantes a la bibliografía especializada en toda la historia de la recepción del escritor nicaragüense. En las vísperas del Centenario, hacia fines de 2015, la aparición de su último trabajo de investigación, la primera

edición crítica de *Los Raros*, quizá represente el mayor acontecimiento editorial del aniversario dariano. La incorporación de *Los Raros* a la lista de recopilaciones concretadas por Schmigalle –*La caravana pasa* (en cuatro tomos, 2000-2005), *Crónicas desconocidas, 1901-1906* (2006), *¿Va a arder París...? Crónicas cosmopolitas, 1892-1912* (2008) y *Crónicas desconocidas, 1906-1914* (2011)– viene a sellarla y completarla como broche de oro, pues se trata a las claras del volumen en prosa más influyente de Darío, volumen que carecía, no ya de una edición crítica, sino siquiera de una versión bien establecida y mínimamente anotada.

El libro, de esmerada factura, se abre con una “Introducción” del editor que explica clara y detalladamente las decisiones operativas en el nutrido y potente aparato filológico de esta nueva versión. La secuencia de *raros* dispone ahora los diecinueve capítulos de la primera edición en volumen (Buenos Aires, Talleres de “La Vasconia”, 1896) a los que suma los dos capítulos agregados en la segunda edición (“corregida y aumentada”, Barcelona, Maucci, 1905), todo esto precedido de los prólogos que Darío redacta para cada una de las instancias. Ahora bien, la nota introductoria expone en sus primeras líneas la medida más arriesgada y polémica de la nueva edición –asimismo, por motivos que se verán, quizá la más productiva–, esto es, la de dar a conocer “los artículos periodísticos o ‘crónicas’, tal como se publicaron inicialmente en la prensa de la época”, en su “orden cronológico de publicación” (2015: 9-10). En otras palabras, la labor de Schmigalle apunta a reponer una serie todavía menos accesible que la de la(s) edición(es) príncipe: la secuencia de artículos aparecidos en su gran mayoría en el diario *La Nación* de Buenos Aires entre el 20 de agosto de 1893 y el 26 de septiembre de 1896. Sobre ese ordenamiento “periodístico” –recompuesto a la minucia por Schmigalle en el rescate de los títulos primeros de las crónicas, los fragmentos elididos de las reescrituras como “capítulo”, la puntuación original y una laboriosa enmienda de erratas–, la edición proyecta las variantes que practican las posteriores recolecciones en volumen. Se podría objetar sin embargo que, al descomponer la sucesión curada por el mismo Darío en esos volúmenes –a la que se accede sin dificultad a

¹ Para este cálculo, véase la descripción de Noel Rivas Bravo (“Breve recorrido por las ediciones darianas”. En *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n.º 35, 2006, 13-20).

partir de las notas de Schmigalle-, la nueva edición le quita relevancia a una decisión autorial fundamental en el camino de estos textos del periódico al libro, es decir, desfigura la voluntad dariana de reagrupar sus “raros” bajo la forma de constelaciones que sólo se captan al seguir el hilo de los libros de 1896 y 1905. La objeción ciertamente perdería peso con la publicación en apéndice de los índices de esas instancias, como se sabe, también discordantes entre sí pues Darío, fuera de agregar dos nuevos capítulos en 1905, rearma en la segunda edición la secuencia completa de la primera. Por otra parte, aunque en este mismo sentido, si el objeto del trabajo era la serie periodística de raros, deberían haberse incorporado aquellos que Darío dejó fuera de sus volúmenes, como Nietzsche (“Los raros — «Filósofos finiseculares» — Nietzsche — Multatuli”, *La Nación*, 2 de abril de 1894), Lugones (“Un poeta socialista: Leopoldo Lugones”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 12 de mayo de 1896) o incluso Juana Borrero (“Juana Borrero. Una María Bashkirtseff cubana”, *La Nación*, 23 de mayo de 1896), entre otros. Estos reclamos obvios retroceden si se considera el espíritu abarcador del proyecto editorial de Schmigalle, en el que se ubica esta investigación puntual. La decisión del erudito alemán no hace más que darle nueva vida a la pregunta y la discusión sobre la “coherencia” y la unidad de *Los Raros*, cuestión que probablemente reactive el interés y el estudio de este clásico de la literatura latinoamericana. Quizá de un modo todavía más categórico que en sus investigaciones y recopilaciones previas, la versión de *Los Raros* de Schmigalle ofrece un libro “hojaldrado” que abre el juego mucho antes de pretender clausurarlo, una obra que deja deliberadamente trabajo “por hacer” sin por esto escatimar las herramientas para llevarlo a cabo.

Hacia el final de la introducción el editor presenta los criterios asumidos en la anotación —profusa, precisa, pertinente, desbordante por momentos aunque siempre enriquecedora— de las fuentes, que deslinda en seis funciones: identificar con claridad locación y datación del texto original, proveer un cotejo exhaustivo de variantes, identificar las fuentes mayores (*i. e.* literarias) sobre las que se construye la escritura dariana, proveer indicaciones sobre fuentes menores (citas, alusiones, referencias literarias y extraliterarias), analizar algunas ideas y concepciones expresadas por Darío y discutir y confrontar interpretaciones relevantes en el estado actual de las investigaciones sobre fin de siglo. Como se verá, previsiblemente para quien conozca sus recopilaciones previas, el trabajo de Schmigalle en el terreno de las notas al pie excede por mucho estos objetivos. Ese sector contiene un pormenorizado estado de la cuestión de los estudios darianos, orientador imprescindible para toda investigación futura

dedicada a *Los Raros*, y, al mismo tiempo, una batería de preguntas e hipótesis que esas investigaciones deberán retomar y responder.

Después de la introducción el volumen coloca el prólogo de Jorge Eduardo Arellano, “Los Raros: contexto y coherencia”, estudio que ya había aparecido en 1998 en una célebre recopilación de artículos coordinada por Alfonso García Morales (*Rubén Darío. Estudios en el centenario de Los Raros y Prosas profanas*) y que retoma asimismo las tesis del dariísta nicaragüense incluidas en su ineludible *Los Raros. Una lectura integral* (1996). Con casi dos décadas, es innegable que el ensayo de Arellano ha perdido actualidad ante el vasto y proliferante campo de los estudios sobre modernismo hispanoamericano. Sin embargo y aún sin dialogar con perspectivas señeras para su época —*Modernismo* de Rafael Gutiérrez Girardot (1983), *Las máscaras democráticas del modernismo* de Ángel Rama (1985), *Desencuentros de la modernidad en América Latina* de Julio Ramos (1989) o *La sensibilidad amenazada* de Graciela Montaldo (1994), entre otros—, el prólogo despliega un útil catálogo de problemas relativos a dos dimensiones de *Los Raros*. Por un lado, encuadra las condiciones de escritura y publicación de las crónicas darianas en *La Nación* bajo tres fenómenos macroestructurales del fin de siglo, la “universalización literaria”, la “secularización ideológica”, y la “rebeldía” de los artistas (que rechazaron la sociedad capitalista mientras hacían su forzoso ingreso al mercado). Por otro —y aquí las hipótesis más productivas para la discusión y el análisis—, presenta los motivos de una “arquitectura sustantiva” de la serie de raros, serie que “no sigue una hermenéutica única o explícita, ni se aproxima al afán sistemático ni al prurito pedagógico” (2015: 26) pero que, sin embargo, sostiene una estructura firme en el recurso a seis factores: el retrato, la biografía, la experiencia autobiográfica de índole intelectual, la explicación de textos en función de múltiples relaciones, el comentario filológico y la traducción al español de fuentes variadas. Estos recursos, enumerados sin mayor desarrollo, se combinan con otros seis motivos de más vastos alcances, también dadores de coherencia, bajo esa posibilidad reconstruida y argumentada hábilmente por Arellano de que “estructura y secuencia presidan *Los Raros*” (2015: 27). Expuestos ahora sí con cierto detalle, esos otros motivos entretreídos en el libro —el impulso hacia la revelación de una doctrina oculta, la actitud exegética, la articulación de pares dialécticos, la persistencia de la intertextualidad, la dimensión americana y la posición anticlibánica— recortan el horizonte con el que dialoga buena parte de las aproximaciones recientes no sólo sobre *Los Raros* sino también sobre el conjunto de la obra dariana. En suma, a pesar de

que el prólogo de Arellano podría haberse beneficiado de una reescritura que lo actualizara con referencias a análisis más próximos al presente, no deja por esto de funcionar como un mapa válido para ubicar el libro y guiar al público no-experto en la marea de sus páginas.

Para terminar, queda pendiente una ponderación del establecimiento y la anotación de los textos darianos emprendida por Schmigalle, labor filológica de orfebre cuyas consecuencias en el campo de los estudios sobre modernismo latinoamericano sólo pueden esbozarse. En cuanto a la primera cuestión, el establecimiento de las crónicas con su cotejo de variantes resulta sobresaliente y no sorprenderá al lector familiarizado con los volúmenes previos del mismo editor. La experiencia de Schmigalle en este punto no quita la dificultad del cotejo minucioso de textos –en este caso, al menos entre tres versiones–, cotejo que se resuelve con solvencia. Este logro de la edición ofrece el acceso a una primera dimensión del carácter hojaldrado de *Los Raros*, pues muestra el proceso de reescritura al que Darío somete sus propios textos y habilita todo un espectro de hipótesis que la crítica podrá esgrimir para explicarlo. Sin embargo, en sus casi mil trescientas notas al pie, el trabajo de Schmigalle opera otras transformaciones cualitativas en la serie que vale la pena reseñar, sin ánimo de exhaustividad. Por un lado, las notas trazan una cartografía integral y actualizada de la bibliografía secundaria sobre modernismo que servirá al académico como marco de referencia imprescindible para diseñar el estado de la cuestión en sus propias investigaciones. Además, las notas ofrecen profusa información contextual, no sólo esencial en la experiencia de lectura del público general –para quien estos textos pueden haber ganado en hermetismo con el paso del tiempo– sino también en la del lector especializado, que podrá someter un clásico aparentemente agotado a nuevas evidencias y perspectivas, sobre todo en los vínculos y referencias a la biblioteca europea, descollantes en la edición. Mención aparte merecen la corrección de erratas y la identificación precisa de citas y nombres en las crónicas; esa labor invisible, menor, permite que vastos sectores de los textos que resultaban ininteligibles se carguen ahora –y, en la mayoría de los casos, por primera vez– de sentido. Esta búsqueda constituye sólo un aspecto del logro más contundente de la edición, que se concreta en la detallada reconstrucción y documentación no sólo de las fuentes darianas sino de lo que deberíamos llamar el “archivo” –proliferante, inaprehensible como totalidad– de su escritura. Aquí el

anotador sigue dos caminos, muchas veces superpuestos. En los casos en que Darío glosa abundantemente una fuente, muchas veces no declarada o declarada a medias –por ejemplo, “El Conde de Lautréamont” no es más que una re-versión del artículo “Le cabanon de Prométhée” de Léon Bloy; “Ibsen” recurre sin cesar al libro de Maurice Bigeon, *Les Révoltés scandinaves*–, el texto al pie sigue palmo a palmo el vínculo intertextual para revelar las operaciones darianas de selección y traducción. Asimismo, cuando la crónica se construye desde tenues alusiones a un corpus literario más vasto, las notas rearmen la maraña interminable de citas y referencias posibles para exponer variantes más complejas de asimilación textual y cultural. Por último, en una actitud programática que interpela a sus lectores a continuar la tarea –a agregar nuevas capas al hojaldrado–, el trabajo de Schmigalle dosifica preguntas e hipótesis que dialogan con los textos mismos y quedan deliberadamente sin resolver: “Los dos volúmenes de la edición francesa [de *Entartung*] [...] en enero de aquel año todavía no habían llegado a las librerías de Buenos Aires. ¡Los dos volúmenes que RD tenía en sus manos para escribir la presente crónica [“Manicomio de artistas”] estaban en alemán!” (2015: 128); “El lector observará que RD no cita ni un solo verso de Augusto de Armas. Es obvio que no tenía su libro a mano. ¿Lo habrá leído?” (2015: 99).

La nueva edición de *Los Raros* –preparada con un nivel de erudición y rigor filológico que sólo encuentra parangón en los trabajos previos del propio Schmigalle– se postula a sí misma, en su propia factura, como un libro abierto, a la espera de nuevas ediciones que la amplíen y completen. Quizá esa edición del futuro pueda recoger en una sección la totalidad de raros que no llegaron a los volúmenes de 1896 y 1905, agregue un apéndice gráfico y fotográfico (con los grabados de Augusto Ballerini y Martín Malharro que acompañaron las necrológicas de Paul Verlaine y Leconte de Lisle en *La Nación*, las portadas de los dos volúmenes y la notable galería de imágenes intercaladas en la segunda) o compile la recepción más inmediata de cada serie (pues los textos de aliados y detractores de la cruzada modernista intervinieron en la selección, ordenamiento y reescritura de los materiales), entre otras alternativas viables. En todo caso y bajo cualquier perspectiva, la contribución de Schmigalle le confiere a *Los Raros* una vitalidad inédita y se yergue como modelo y método para subsanar el descuido y deterioro con que la obra dariana se ha transmitido a nuestro presente.

